

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

La primer embestida del invierno suele ser cruel. Hay bastante gente que vive bajo la presión de enfermedades crónicas, las cuales en el verano, parecen dormirse, esconder las garras, dar un momento de reposo y de optimismo a los pacientes. La temperatura es grata, los días son largos y hermosos, la función de la piel se normaliza y activa, hay en el aire bondad, sonrisas e indulgencia. Pero ahí viene el soplo frío; un estremecimiento recorre la epidermis; una ventana se bate, porque entró una ráfaga de vendaval; las hojas, en vals loco, giran sobre la arena de las calles del bosque; las castañas, de gabán obscuro forrado de pelús, blanquecina, cuecen en la arropada olla... ¡El invierno, el duro viejo de todos los años, ya llegó, con sus barbas de nieve! Y los enfermos empiezan a sufrir: no hay para ellos noche tranquila: cuentan las horas que dan los lentos relojes, con ansia de que amanezca...

Molestado por un padecimiento al corazón, el Padre Coloma, desde hace unos días, está en peligro de muerte. A la hora en que esto escribo, acaba de traerme la prensa la noticia de que se ha agravado. Se teme el colapso, que suele desenlazar esta clase de afecciones. Sin embargo, el corazón, en todos los terrenos, engaña mucho. Es, me decía un eminente facultativo, el órgano cómico, el histrión: finge sin cesar. Hay en los males cardíacos verdaderas resurrecciones. Puede salvarse el ilustre jesuita; quíeralo Dios.

El Padre Coloma es un escritor que tiene un público fiel: desde su novela *Pequeñeces*, ese público creció como la espuma, y no le olvida, a pesar de que el Padre Coloma produzca muy poco, relativamente, en los veinte años que hace que la discutidísima obra vió la luz. Alarmado sin duda por el extraordinario estrépito que su libro armó, por tantas discusiones y tantos absurdos como a propósito de él fueron enviados a las prensas sufridoras, no volvió el Padre Coloma a pulsar la cuerda satírico-social: estudios históricos que tienen el encanto de la ficción, sobre María Estuarda; sobre D. Juan de Austria; una narración más bien azul, *Boy*; un volumen sobre la Santa Duquesa; y ahora, según mis noticias, un tomo en preparación acerca del Cardenal Cisneros, fueron los trabajos que entretuvieron este período de la vida de un hombre, sin género de duda, aficionadísimo a las letras, y que, a no vestir la sotana de Loyola, hubiese sido asiduo concurrente a lo que se llama círculos literarios..., si no es que, convencido de que todos se han transformado en círculos más o menos políticos en los que la literatura ya ni se menciona, se hubiese encerrado en su gabinete de estudio, a escribir libremente novela sobre novela.

La afición a las letras, en el Padre Coloma, procedía de los tiempos de su juventud, cuando frecuentaba el trato de la simpática novelista y costumbrista Fernán Caballero, a la cual acaba de dedicar un libro, lleno de amenidad y de detalles interesantes sobre tan insigne mujer. Fernán Caballero era muy buena amiga; hasta puede decirse que amiga apasionada. Cuantos frecuentaron su casa y gozaron de su amistad, hablan de ella con tierna veneración. Es decir, hablaban..., porque, me doy cuenta de esta circunstancia melancólica: han muerto la mayor parte, y el Padre Coloma está con el pie en el estribo. Fernando de Gabriel, Luis Vidart, D. Juan de Quiroga, los tres a quienes yo llamaba «la herencia de Fernán» eran elocuentes en el capítulo de rasgos de cariño y ternura de la encantadora anciana. En el oca-

so de su vivir, que fué largo, Fernán tuvo el arte de no contraer manías de mujer vieja, de no ser áspera ni malévola, de no secarse por dentro—ya que la naturaleza, implacable, seca el cuerpo y arruga la piel;—y una aureola de poesía, algo que todavía era hechizo femenino, a pesar de los estragos del tiempo, rodeaba a Fernán y se reflejaba en lo que de ella decían sus asiduos. El Padre Coloma no era de los menos prendados de Cecilia. La miraba como a una madre, pero madre sonriente, benigna, rebotante de una indulgencia que no se parece a la laxitud, pues la influencia de Fernán fué sana, y su contacto, moralizador. Diciéndole yo al Padre Coloma, este año, que los amigos heredados de Fernán ya no existían, respondíome con esa cortesía de buen gusto que persistió siempre en él, sobre el baño de austeridad de la vida religiosa: «No han muerto todos, y le ruego a usted que me incluya en la herencia de Fernán.»

¡Por poco tiempo, lo temo! La primera vez que hablé con el Padre Coloma, en Chamartín, era un hombre todavía joven, pálido, como macerado, de sienes hundidas. Y al volver a verle, encontré cambiado el color de su cara: tintes rojizos y violáceos indicaban los trastornos de la circulación. Se quejaba, declarando que le era difícil trabajar seguido, por el estado de su salud. Todos los años iba a Cestona, una temporada. Sin embargo, no creíamos que fuese tan serio su mal. ¡Las sorpresas del invierno! ¡El primer ramalazo!

* *

Y no ha sido el invierno el que nos robó otra vida preciosa. Salvador Ordóñez ha caído en el campo de la gloria, como lo que era: soldado y patriota hasta la última fibra de su cuerpo y el último aliento de su espíritu. Toda la línea de su conducta le llevaba hacia este paso, o hacia un memorable triunfo. Había nacido con la tendencia heroica, militar a la moderna por sus estudios, y al mismo tiempo amante del combate como un soldado del tercio viejo de Flandes. España está de luto por este español insigne, que, perdonese el galicismo, muere sin dar la medida de su valer y de su capacidad.

Salvador Ordóñez, sin desviaciones ni desfallecimientos, se había consagrado a la patria. No le impulsaba ningún otro móvil: sin su carrera podía vivir desahogadamente. Notad que, en el momento presente, la Diosa Patria tiene muchos ateos, unos francos, otros disimulados, y éstos son probablemente los peores. Entregado a los arduos estudios que exige la ciencia militar en su actual etapa, Ordóñez no olvidaba que, además de la consagración de cada momento, había que estar dispuesto a otra cosa, a lo decisivo, sin regatear, sin acordarse de ello siquiera. Si la paz se prolongaba, a inventar un cañón, a corregir un obturador, a calcular sistemas de fortificación; cuando la ocasión llegase, ser el primero en ofrecer la sangre, el primero en buscar el peligro. Una fiebre le consumía, cuando no estaba donde hubiese guerra. Voluntario fué a la campaña de Cuba, y de allí volvió, arriado nuestro pabellón, cojeando de las heridas, y con una amargura que disimulaba generosamente, porque, como tan buen soldado, sabía que no hay que dar quejas, ni jactarse, y que su participación en aquellos sucesos luctuosos, por ser tan honrosa, por lo mismo, no era para proclamada.

También es virtud militar el silencio, cuando la locuacidad sería gloriarse, y con harta razón. Rehúsa las conversaciones referentes a la dolorosa página; pero siempre se trasluce la verdad, por mucho que la velen; lo que no se le trompetea, se susurra de oído a oído... Y para los que estábamos un poco mejor informados que la distraída muchedumbre, la discreción del vencido y no rendido era motivo de respeto.

Me acuerdo de que, por entonces, vi en casa de un anticuario una placa de loza de Sargadelos, bello ejemplar, de las que se cocieron en la antigua fábrica, en conmemoración de la defensa del Parque de Madrid por Daoiz y Velarde, contra los franceses. Es una *nuance* psicológica; es un matiz; yo no me hubiese decidido a recomendar su adquisición sino a una persona como Ordóñez. En su despacho, estaba la placa bien. Los artilleros del Parque, los vencidos de aquella jornada, se encontraban a gusto, de cierto, en la buena compañía del que acababa de volver de las Antillas sin morir por que no lo quiso la muerte, y con todo perdido, excepto la honra.

En la guerra del año 9, hizo los imposibles Ordóñez por no faltar de allí, y no pudo conseguirlo. Se ofreció a ir sin la menor ventaja, con todas las molestias: el caso era ir: el caso era pisar el suelo que se nos disputaba. Su alegría fué grande, al realizar ahora el sueño. Tenía sesenta y seis años, y parecía un niño, un tenientillo recién salido de la Academia, en la gozosa rapidez con que dispuso el viaje. Es

verdad que todas sus acciones eran prontas, de una viveza y actividad inverosímiles, lo cual sin duda es prenda de capitán, porque las resoluciones en la guerra, tienen que tomarse sin titubear, y es una de las razones por las cuales Hamlet y Napoleón son incompatibles. Iba Ordóñez loco de contento, con la ilusión de señalarse, con aquella noble ambición que Dante calificó de «*gran disio de l'eccelesza*»; y por lo menos no murió sin realizar en parte sus anhelos: la acción dirigida por él fué una victoria. Vió las doradas alas del numen, antes de ver las sombrías márgenes del río de los muertos.

Todavía se discute, verbal y periódicamente, acerca de las causas de que Ordóñez cayese no en la confusión y furia de una lid empeñada, sino en un momento en que no parecía posible que corriese tanto riesgo su vida. ¿Fueron balas de esas que un tirador emboscado envía traicionadamente, pero sabiendo a quién, apuntando precisamente al general? ¿Fueron disparos a la ventura, sencillamente dirigidos hacia un grupo de cristianos que se movían? ¿Es cierto que hubo una casa que el general hizo desalojar, pero omitió destruir, y que de allí partieron los tiros? ¿Hallábase o no Ordóñez donde era imprudente hallarse? Yo no entiendo de estas cosas; me parece difícil, en la clase de guerra que tenemos que hacer en el Riff, no exponerse; y cuando se profesa tan absoluto desdén del riesgo, se puede cometer una imprudencia, inconscientemente, porque en Ordóñez no cupo fanfarronada. Sea lo que fuere, el final de la noble carrera recorrida por Ordóñez en tiempo de paz y en lances de guerra, es digno de él, y el daño mayor, el de la patria, que pierde a tal hijo...

En la Exposición de 1900, encontré al general Ordóñez recorriendo pabellones, y me acompañó a ver uno, que acaso sin esta circunstancia no se me hubiese ocurrido examinar; el de los *Ejércitos de mar y tierra*. Si la casualidad no hace que encontre al general aquel día, no hubiese escrito el capítulo titulado *Belona*, en el libro *Cuarenta días en la Exposición*, donde describo, naturalmente sin entrar en detalles, una instalación realmente digna de ser vista.

Aquello era realmente un vasto Museo, al cual Alemania, con su habitual previsión defensiva, no envió sino lo conocido, guardándose mucho de exponer las novedades. Mientras recorríamos las salas, en las cuales se exhibía desde el fusil de chispa hasta las últimas mezclas detonantes, por natural pendiente la conversación giraba sobre la guerra, su necesidad, su perpetuidad, mientras exista la raza humana—variando las formas y persistiendo la esencia.—Y otro tema no muy grato, que no fuimos capaces de ver por su lado humorístico nos lo dió aquella instalación de España, que en el libro describí. Era el envío de España una cristalera como de tres metros de alto, en cuyas estantes se acomodaban holgadamente tres roses, doce condecoraciones y quince ó veinte puños de espadas y sables de honor. A derecha e izquierda de la cristalera, dos mapas con los uniformes del ejército español, entre los cuales figuraban todavía los de las fuerzas de Cuba, que habíamos perdido hacía dos años. Por otra parte, las mismas condecoraciones y puños de espada que figuraban pomposamente en la cristalera, no eran de fabricación española...

Y vi que Ordóñez se ponía colorado, y torcía la cabeza.

—¿Ve usted?

—Veo..., veo.

Sin más comentarios, salimos del pabellón, cariñosamente. «Lo triste—dije, comentando aún la impresión—es que hay, de seguro, entre ustedes, gente de valer, gente llena de capacidad, y no se le encomiendan estas cosas. ¡Porque España estará muy caída, pero esa instalación nos lleva al reino de la nada! Es para achicar el alma al que la tenga mejor puesta...

Comprendió la alusión, y con la vivacidad juvenil que conservaba en años maduros, hizo un gesto de desdén, murmurando:

—¡Qué quiere usted! La vida se dedica a un fin, y si no depende de nosotros conseguirlo, no tenemos culpa. Yo jamás perderé la esperanza: ahora hace poco estuve en Alemania, estudiando cuestiones de mi carrera... No tengo que saber lo que sucede, sino lo que a mí me corresponde. Lo demás, sería perder tiempo. Un día hemos de morir: ese día, haber cumplido.

Las palabras, secas, pronunciadas con entonaciones uniformes, poco oratorias, contrastaban con el ambiente de la feria mundial, con los olores de cocina y las músicas de zángaros... Y las recuerdo ahora. Ha cumplido, más aún que como bueno, como excelente, con su patria, Salvador Ordóñez.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.